

EL CAMINO HACIA LA EXPERIENCIA MÍSTICA Y LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS¹

Gonzalo Fernández Sanz

INTRODUCCIÓN

El año que pasado, muchas personas, incluyendo algunos religiosos y religiosas, se han sentido sobrecogidas por la película de Xavier Beauvois *Des hommes et des dieux*, presentada en español con el título *De dioses y hombres*. La historia es conocida. El 26 de marzo de 1996, siete monjes cistercienses del monasterio de Tibhirine, fueron secuestrados por el Grupo Islámico Armado (GIA). El 31 de mayo el ejército argelino halló sus cabezas cortadas, pero no los cuerpos. Todavía no conocemos la autoría del múltiple crimen. El final violento no hizo sino coronar una vida entregada a Dios y a los hombres, una existencia mística, magistralmente contada por la película de Beauvois.

Historias como la de los trapenses de Argelia poseen una asombrosa fuerza parabólica. Condensan los ideales que todos nosotros quisiéramos vivir: **apertura al misterio de Dios, sencillez de vida, belleza, fidelidad, entrega, cercanía a los pobres e inserción constructiva en un entorno interreligioso e intercultural.**

En algunos ámbitos del pensamiento, la mística se interpreta como cumbre de una vida plena². ¿De qué manera la experiencia mística afecta a la comprensión de la vida consagrada y, sobre todo, a su realización existencial?

Por místico entendemos un explorador del Misterio, no un simple cartógrafo, alguien que ha tenido una experiencia de encuentro con Dios, que habla simbólicamente de lo que "ha visto y oído" (cf. 1 Jn 1, 1-4) Y que conduce una existencia transfigurada y luminosa que puede guiar a los demás. ¿No es precisamente éste el aporte a la Iglesia y a la humanidad que se espera de los consagrados en momentos de desorientación? Necesitamos más *exploradores* (hombres y mujeres que "hayan experimentado algo") y menos *cartógrafos* (hombres y mujeres que se limitan a dibujar mapas teológicos, canónicos o formativos)³. O quizá mejor: necesitamos que la mística y la teología caminen juntas y se alimenten y critiquen mutuamente.

La experiencia mística transparenta la gloria de Dios en la fragilidad de nuestra condición humana. El beato John Henry Newman supo acuñar una hermosa fórmula para dibujar este viaje de ida y vuelta (*exitus-redditus*): "La gracia es la gloria en el destierro; la gloria es la gracia en casa".

¿Cómo vivir hoy esta experiencia? ¿Qué camino nos conduce a ella?

I. **"Indícame el camino que he de seguir" (Sal 142,8): Preguntarse por el sentido de la vida - Estar abiertos al adviento de Dios (búsqueda-acogida)**

1. La espiritualidad en la encrucijada de caminos

A la vista del pluralismo que caracteriza hoy la interpretación de la vida humana, de la diversidad de caminos que se abren ante nuestros ojos, es normal que supliquemos a Dios con el salmista: "Indícame el camino que he de seguir" (Sal 142, 8). Podríamos reconocernos también en la pregunta que el apóstol Felipe formula a Jesús en el cuarto evangelio. Como él, quisiéramos seguir al Maestro, pero no sabemos

¹ El artículo completo se encuentra en JOSE CRISTO REY GARCÍA PAREDES y FERNANDO PRADO (eds.) *Mujeres y hombres de Dios. Mística y testimonio*. Madrid: Publicaciones claretianas, 2011, pp. 299-338.

² Cf. PANIKKAR, R. *De la mística. Experiencia plena de la vida*. Barcelona: Herder, 2005.

³ Cf. el interesante estudio de RODRÍGUEZ PANIZO, P. "Exploradores y Cartógrafos". En: *La experiencia mística*, 311-347.

cómo porque tenemos la impresión de que es un guía experto pero "ausente": **"Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?"** (Jn 14, 15). Nos resulta difícil encontrar respuesta a las preguntas esenciales: ¿Cuál es nuestro itinerario en la vida? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cómo vivir significativamente nuestra vocación religiosa en este mundo tan cambiante? El término *espiritualidad* engloba, ciertamente, fenómenos muy dispersos y, en ocasiones, contradictorios. Abarca desde el fundamentalismo religioso hasta el redescubrimiento de la oración, pasando por fenómenos como la *new age*, prácticas como la meditación trascendental o las terapias de sanación integral. Pero, en cualquier caso, en medio de esta gran diversidad, existe un denominador común: el deseo de ir más allá de un estilo de vida basado en la mera satisfacción de las necesidades materiales. A veces, se expresa como nostalgia del paraíso perdido; otras, como anhelo de una patria nueva.

Los sociólogos de la religión hablan de que la mayoría de los jóvenes creyentes viven su fe según el modelo del "peregrino". De ahí el éxito de iniciativas como peregrinaciones (camino de Santiago), concentraciones masivas esporádicas, jornadas mundiales de la juventud, etc. **Esta sensibilidad hacia la vida como peregrinación puede constituir un punto de enganche para la propuesta cristiana del camino espiritual.**

Todo peregrino es, en el fondo, un *buscador*. Quizá sea ésta la categoría que mejor aglutina a creyentes y humanistas. Lo que los seres humanos hacemos es, en definitiva, una búsqueda del sentido de la vida, de la plenitud personal y -aunque no siempre lo interpretemos así- una "búsqueda de Dios".

Hoy hablamos mucho de la *búsqueda de Dios* también en el ámbito de la vida consagrada. La instrucción de la CIVCSVA sobre *El servicio de la Autoridad y la Obediencia* (2008) recupera esta clave para entender esta forma de seguimiento de Cristo⁴. Pero, ¿es suficiente hablar de "búsqueda de Dios" para expresar la tensión propia del camino espiritual? ¿No tendríamos que reconocer, más bien, que es Dios quien nos busca y encuentra? ¿No es ésta precisamente la gran novedad del cristianismo en relación con otras religiones? En realidad, ambos movimientos (búsqueda y encuentro) van unidos. Jesús nos habla de Dios como de un padre que, cuando el hijo que se había puesto en camino aún estaba lejos, "profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos" (Lc 15,20).

Es Dios quien da el primer paso. En realidad, como Jesús nos dice, no buscaríamos si no fuéramos impulsados y atraídos por Dios mismo: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo lo quiere revelar" (Lc 10,22). Despertar el *deseo* es ya el primer fruto de la experiencia mística porque nos saca del letargo y nos prepara para reconocer los signos de Dios en la intemperie de la vida cotidiana⁵.

2. Lo que está en juego es el sentido de la vida

¿Por qué estamos viviendo hoy un despertar espiritual? Se han dado diversas interpretaciones acerca de las causas. Van desde la "venganza" de una dimensión humana reprimida por el materialismo comunista y capitalista, hasta el resultado de alteraciones cerebrales producidas por el exceso de estímulos al que hoy estamos expuestos, pasando, naturalmente, por una nueva acción del Espíritu Santo en la historia.

La crisis económica de los últimos tres años ha contribuido a intensificar la búsqueda. Nos ha hecho caer en la cuenta de que, en cierta medida, estábamos viviendo una vida ficticia, narcotizados por la sociedad del consumo y del entretenimiento⁶ e insensibles a la suerte de millones de seres humanos excluidos.

Esta constatación nos hace ver con más claridad que no basta una capa espiritual para maquillar los desajustes. **Necesitamos fundamentos sólidos sobre los que construir la vida personal y social, preguntarnos de nuevo por el sentido de la vida.** Sin formularnos la pregunta y sin reconstruir el camino de respuesta, quizá con nuevas categorías, no entenderíamos qué significa ser "mujeres y hombres de

⁴ Cf. CIVCSVA - Instrucción *El servicio de la Autoridad y la Obediencia* n. 1, 2008.

⁵ Cf. MÁRQUEZ CALLE, M. *A la puerta de la cueva. Experiencias de Dios a la intemperie*. Madrid: Ed. de Espiritualidad, 2010.

⁶ Cf. HAHNE, P. *La festa è finita. Basta con la società del divertimento*. Venezia: Marsilio Ed., 2006.

Dios⁷ y en qué puede consistir nuestra "acción suave"⁸ para mejorar este mundo en crisis; es decir, nuestra identidad y misión.

La "experiencia mística", por tanto, no es un artículo de lujo para personas con la vida resuelta, sino una necesidad ligada al descubrimiento del significado y la dirección de la existencia humana. En la medida en que nosotros recorramos el itinerario que va de la pregunta por el sentido a la experiencia de Dios como respuesta siempre inabarcable tendremos credibilidad para acompañar la búsqueda de las personas insatisfechas. **El tipo de liderazgo que hoy se busca está más ligado a la exploración de la pregunta que a la contundencia de la respuesta.**

Aplicada a la vida espiritual, la noción de camino o itinerario subraya la idea de crecimiento a través de diversas *etapas*⁹. El progreso en el camino espiritual es constante, pero no lineal, dada la presencia del pecado. Incluye momentos de plenitud, de estancamiento e incluso de retroceso. **Dentro del crecimiento se dan las crisis y las noches, que, asumidas con libertad y sabiduría, permiten seguir avanzando con mayor profundidad.**

3. Un camino para hoy

¿Cómo esbozar, siquiera sumariamente, un camino espiritual para hoy? Para ello, quisiera hablar del camino místico a partir de una metáfora actual. Parte del instrumento que ha modificado nuestro estilo de vida (trabajo, comunicación, información y entretenimiento) en los últimos treinta años: el *ordenador personal*.

Para que un ordenador funcione correctamente, además de un soporte técnico (*hardware*), necesita un sistema operativo (*software* básico). Entendemos por "sistema operativo" el programa o conjunto de programas que efectúan la gestión de los procesos básicos de un sistema informático y permite la normal ejecución del resto de las operaciones.

Cuando contemplamos la manera como hoy afrontamos la vida, descubrimos que el problema fundamental no es que algunos "programas" no funcionen correctamente (por ejemplo, el de la práctica religiosa, el del compromiso ético o el de la convivencia democrática). El problema es más hondo: *tiene que ver con los fundamentos de la existencia humana*. Quizá nuestro sistema operativo básico está dañado o, por lo menos, funciona torpemente. Por eso, los "programas" que ideamos para un mejor funcionamiento social, aunque sean valiosos, no logran sus objetivos.

Algo parecido podríamos decir de la fe cristiana en general y de la vida consagrada en particular. La crisis que vivimos no solo afecta a algunos de los distintos "programas" que manejamos, sino a nuestro sistema operativo en su conjunto. Por eso, un verdadero itinerario espiritual tiene que ayudarnos a restaurar el sistema a partir de una experiencia mística fundante.

¿Cómo proceder en esta situación? Un itinerario de recuperación mística debería ayudarnos a:

- Detectar y limpiar los virus que están afectando a nuestro sistema operativo vital e impiden el correcto funcionamiento de nuestros "programas" de vida consagrada.

⁷ "¿No es acaso un 'signo de los tiempos' el que hoy se detecte una exigencia de espiritualidad, que se manifiesta en una renovada necesidad de orar? También las otras religiones ofrecen sus respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre, debemos enseñar a qué grado de interiorización nos puede llevar la relación con él. La tradición mística de la Iglesia puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo. (cf. Jn 14,21). JUAN PABLO II. Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 33).

⁸ Cf. la sugerente obra, inspirada en Gandhi, Schweitzer y otros: DAVID PEAT, F. *Acción suave. Alternativas innovadoras para un mundo en crisis*. Barcelona: Kairós, 2010.

⁹ La división del camino espiritual en tres etapas básicas aparece ya en Evagrio Pónico (siglo IV). Él hablaba de: praxis, contemplación, teología. En Occidente se difunden más las vías propuestas por el Pseudo-Dionisio (siglos V-VI): purgativa, iluminativa y unitiva. Es muy conocida también la división de Santo Tomás: incipientes, proficientes, y perfectos. En general, la primera etapa es el inicio de la vida espiritual. Exige conversión y purificación. La segunda, es la etapa de la iluminación. Se lucha contra la mediocridad. El fin es la conformación con Cristo. La tercera, que admite varias subetapas, es la condición estable de los que viven en gracia. El teólogo Segundo Galilea prefiere organizar el itinerario espiritual en analogía con las edades del crecimiento humano. Así, habla de cuatro etapas: adolescencia espiritual, juventud espiritual, madurez espiritual, sabiduría espiritual.

- Mostrar que la confianza que nace de la experiencia mística es el sistema operativo que necesitamos para afrontar la crisis actual.
- Presentar los carismas evangélicos de la castidad, pobreza y obediencia como programas ejecutables al servicio de una vida digna, libre y feliz.

II. **"Lávame y quedaré más blanco que la nieve" (Sal 51,9): Detectar y limpiar los virus del sistema operativo (purificación)**

La revista Vida Religiosa ha dedicado un reciente monográfico a la felicidad¹⁰. Es imposible hacer un diagnóstico preciso sobre nuestro grado de felicidad. Pero hay algo en lo que podemos estar espontáneamente de acuerdo: las religiosas y religiosos no somos percibidos por muchos de nuestros contemporáneos como personas felices, como esos "expertos en humanidad" de los que hablaban Pablo VI y Juan Pablo II. O no estamos viviendo a fondo las experiencias humanas básicas o no sabemos codificarlas según las claves culturales de hoy. Ya no se trata simplemente de purificar las actitudes morales que no se corresponden con la fe profesada. El problema es más hondo: **se trata de ser hombres y mujeres que creen que Jesucristo puede llevar a plenitud la existencia y viven según esta fe.**

Como otros cristianos, estamos siendo afectados por algunos virus que son especialmente destructivos. Los cuatro virus que presentaremos a continuación son, en realidad, el reverso diabólico de la verdadera experiencia mística. Por eso, a lo largo de nuestro itinerario espiritual, y no sólo al comienzo, necesitamos una purificación continua. Ésta pasa por la toma de conciencia de nuestras enfermedades y por la apertura al poder sanador de Jesús. (cf. Jn 5,6-9).

1. **Instante en lugar de presente**

Muchos vivimos hoy bajo la dictadura de la prisa. A pesar de que existen movimientos alternativos que reivindican lo lento¹¹, lo cierto es que nuestros ritmos están acelerados. Los ejemplos se multiplican en la vida diaria. Van desde el tipo de comunicación rápida que practicamos a través de las redes sociales hasta el escaso tiempo dedicado a la comida, la plegaria o la conversación. El riesgo es que en esta época de *fast food* queramos vivir también una *fast spirituality*, una espiritualidad que satisfaga casi instantáneamente nuestros deseos de sentido, bienestar, armonía y compromiso. **En realidad, uno de los primeros frutos de toda espiritualidad genuina es la lentificación del tiempo, la capacidad de vivir con intensidad el presente sin ser prisioneros del instante, de lo puramente efímero.**

En las teologías de la vida consagrada se acentúa la dimensión escatológica, que hace referencia a las realidades últimas. Pero esta visión suele repercutir poco en nuestra manera de afrontar el tiempo en la vida cotidiana. Más allá de las cuestiones teológicas de fondo, la pregunta radical que condiciona todo es ésta: ¿cómo nos gustaría vivir el momento de la muerte, el final de nuestro tiempo histórico, la transición de esta vida terrena a la vida plena? De la conciencia que tengamos del momento último podremos extraer luz para iluminar el tiempo presente. Probablemente, cuando llegue el momento postrero, nos gustaría haber amado más a las personas que Dios ha puesto en nuestro camino, haber acumulado menos cosas y haber estado más disponibles. Eso significa que el amor, la libertad y la disponibilidad son valores que consideramos esenciales, oro libre de ganga.

Los consejos evangélicos que profesamos anticipan el final en el presente, nos ayudan a vivir en el día a día lo que quisiéramos haber vivido en el momento definitivo. Sin embargo, su fuerza anticipatoria se ve continuamente lastrada por **el virus del olvido de la meta o de la tiranía del instante**. Amamos con cálculo porque, en el fondo, sabemos que amar significa morir y hoy vivimos una cultura frenéticamente hedonista. Nos dejamos dominar por las adicciones en nombre de la salud, el bienestar, el apostolado, etc. Buscamos nuestra realización olvidando que hemos sido invitados a ponernos al servicio del proyecto del Reino. **El instante tiene más fuerza que el presente iluminado por el final.**

¹⁰ Cf. VARIOS. "Vida Religiosa, ¿vida feliz?". *Vida Religiosa* 110 (2011).

¹¹ Cf. DOMENECH, J. *Elogio de la educación lenta*. Barcelona: Grao, 2009.

2. Etiquetas en lugar de las experiencias

Cuando se vive en una comunidad intercultural se hace más evidente que en los grupos homogéneos el distinto significado de las palabras que usamos. Nuestro diccionario religioso usa a menudo palabras y expresiones como experiencia de Dios, oración, madurez afectiva, diálogo, comunidad, pobreza, compromiso con los excluidos, libertad, obediencia, castidad, misión, etc. Pero no todos entendemos lo mismo. El "síndrome de Babel" también se ha infiltrado entre nosotros.

Por otra parte, sobre cada una de estas palabras primordiales hay una producción ingente de palabras secundarias, de manera que necesitamos tiempos largos de formación para aprender esta jerga, poco inteligible para quien está fuera de nuestro círculo. Basta examinar los documentos capitulares, los materiales de formación permanente, etc. **El virus consiste en creer que el manejo de las palabras nos introduce automáticamente en la experiencia correspondiente.** Pero esto no es así. A menudo, jugamos con frascos perfectamente etiquetados, pero vacíos de contenido. Éste es un claro fenómeno inflacionista que devalúa nuestra vida y acaba por hacerla insignificante. Las palabras se gastan. Nos vemos obligados a inventar otras que, más que expresar una experiencia, parecen ocultarla.

Nos sobran mapas y nos falta experiencia. Éste es el drama. Es decir, somos poco místicos. Nuestra formación (tanto inicial como continua) sigue privilegiando la transmisión de contenidos y la ordenación de las palabras, todavía deudoras del axioma "conocer para transformar", olvidando que "solo el transformado conoce". **El resultado es una obesidad conceptual a la que corresponde un gran déficit experiencial.**

Esta anemia mística nos impide también cargar de sentido las muchas etiquetas sociales. En la vida social estamos manejando palabras devaluadas (libertad, democracia, solidaridad, derechos humanos, educación, etc.) porque hay un déficit de experiencia que las haga significativas.

3. Escepticismo en lugar de búsqueda

Uno de los rasgos de la modernidad, por lo menos en el Occidente, es la pérdida de confianza en la razón que caracterizaba el antropocentrismo moderno. Esa pérdida puede vivirse como modestia epistemológica (en el mejor de los casos) o como *escepticismo* (en el peor); es decir, como **la actitud de quien hace de la duda su manera habitual de relacionarse con la realidad o de quien está en desacuerdo con lo que generalmente se acepta como verdadero.**

Cuando el escepticismo va más allá del campo metodológico y afecta a nuestra forma de situarnos en la vida puede convertirse en *relativismo*. Benedicto XVI ha manifestado en varias ocasiones su convicción de que el relativismo es el problema central que la fe cristiana tiene que afrontar en nuestros días¹². Todo pasa a ser relativo según el momento histórico y el contexto cultural. Por último, cuando el relativismo se hace extremo acaba en *nihilismo existencial*, que es la postura que defiende que la vida carece de significado objetivo, propósito o valor intrínseco¹³.

Nos costaría aceptar que los religiosos podemos estar afectados por el escepticismo, el relativismo y, mucho menos, por el nihilismo. **Pero no hay ninguna postura más cercana a éstas que una experiencia religiosa frustrada.** El nihilismo puede ser una noche personal y colectiva, una profunda purificación¹⁴.

Quizá el prototipo de seguidor "nihilista" haya sido Judas. La pérdida de confianza en Jesús lo sumió en el misterio de la traición y de la noche (cf. Mt 26,14-25).

¹² Cf. RATZINGER, J. *Fe, verdad y tolerancia*. Salamanca: Ed. Sígueme, 2005; la homilía de la *Missa pro eligendo Romano Pontífice* celebrada en la basílica vaticana el 18 de abril de 2005, y el discurso de Benedicto XVI a la Curia Romana con ocasión de la Navidad del 22 de diciembre de 2005. Cf. también: VARIOS. *El desafío del relativismo*. Madrid: Trotta, 1997; GIRARD, R.-VATTIMO, G. *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre cristianismo y relativismo*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2011.

¹³ Cf. ESTRADA, J. A. *La pregunta por Dios: entre la metafísica, el nihilismo y la religión*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2005; ÁVILA, R. *El desafío del nihilismo: la reflexión metafísica como piedad del pensar*. Madrid: Trotta, 2005.

¹⁴ Cf. MARTÍ BALLESTER, J. *Una nueva lectura de Noche Oscura de San Juan de la Cruz*. Madrid: BAC, 2009.

4. Miedo en lugar de estupor

Richard Rohr, al analizar el momento que vivimos¹⁵, cree que **el virus más destructivo es el miedo**. Vivimos una situación tan contradictoria, tan amenazada, que no nos situamos ante el mundo con serenidad. Tenemos miedo de perder la salud, de la falta de vocaciones y de nuestro incierto futuro institucional. Tenemos miedo de los desequilibrios del planeta, de las secuelas de los residuos nucleares, de las consecuencias endémicas de la crisis económica, de las revoluciones africanas y de las olas de inmigrantes que llegan a Europa. Tenemos miedo, en definitiva, de perder lo que somos y tenemos. Tenemos miedo de la muerte.

Cuando el *presente* lo vivimos como amenazador, tendemos a refugiarnos en el *pasado* (donde todo parece estar más claro porque ya ha sucedido) o en el *futuro* (donde podemos imaginar la realidad a la medida de nuestros deseos). No es extraño, pues, que en este momento de tránsito surjan, también en el campo de la vida consagrada, formas que tiendan a reproducir modelos pasados (incluso en sus detalles más externos) o que sueñen realidades imposibles.

Pero la vida es siempre *ahora*. La vida es lo que sucede mientras recordamos lo que pasó o imaginamos lo que va a pasar. La huida del "ahora" por el temor que nos produce es probablemente una de nuestras más fuertes tentaciones. **Cuando el virus del miedo destruye el estupor que nos produce el encuentro con Dios en la trama de la vida cotidiana**, acabamos prisioneros del ansia, la huida y la depresión, enfermedades cada vez más presentes entre nosotros. Uno de los signos de madurez espiritual es precisamente la capacidad de vivir el presente (enraizado en el pasado y abierto al futuro) despiertos, descubriendo posibilidades de vida donde otros sólo ven síntomas de muerte, transformando cada experiencia en oportunidad. **El virus del miedo destruye el único tiempo de que disponemos.**

III. "Tú has creado mis entrañas" (Sal 138,13): Instalar la filiación-confianza como nuevo sistema operativo (fundamentación)

¿Cómo avanzar en el camino espiritual? Detectar y eliminar los virus no es suficiente. Necesitamos *resetearnos* por completo. Por otra parte, la purificación es una dimensión inherente al camino espiritual en todas sus etapas.

En el campo de la psicología es conocida la teoría psicosocial de E. Erikson¹⁶, hoy ampliamente usada para abordar el tema de la identidad. En la primera de las ocho etapas del ciclo vital, que abarca los primeros dieciocho meses de vida, el bebé vive el primer conflicto básico, que marcará el resto de su vida; el conflicto entre la confianza básica y la desconfianza. El bebé recibe el calor del cuerpo de la madre y sus cuidados amorosos. De esta manera se desarrolla el vínculo que será la base de sus futuras relaciones con otras personas importantes. Cuando el bebé no ha recibido la alimentación, los cuidados y el cariño necesarios en esta primera etapa quedará marcado por una actitud radical de inseguridad y desconfianza que dificultará su proceso de madurez.

¿Qué sucede cuando nuestro sistema operativo en la vida está marcado por la desconfianza? ¿Que nos falta la base para cualquier desarrollo saludable! Entonces, ponemos en marcha estrategias de defensa y compensación: "Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. **Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, 'no podemos hacer nada'**" (cf. Jn 15,5).

¿Cómo se produce la confianza básica? **No es el resultado de ninguna técnica: es fruto de la experiencia de filiación.** La gran revolución mística consiste en creer que, en la muerte y resurrección de Cristo, nuestro sistema operativo ha sido completamente renovado, que vivimos por la gracia de Dios, que "por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos

¹⁵ ROHR, R. *The Naked Now. Learning to See as the Mystics See*. New York: Crossroads, 2009, p. 17.

¹⁶ Cf. ERIKSON, E. *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2000.

sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios" (Rom 5,2). Ésta es la experiencia que marca la entrada en la mística. No es incompatible con las pruebas, sino que se realiza en medio de las tensiones de la vida: "Hasta de las tribulaciones nos sentimos orgullosos, sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida, esperanza. Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones" (Rom 5,3-5).

Siguiendo nuestra metáfora, podríamos decir que, con el don del amor, hemos recibido un sistema operativo nuevo. Con el don del Espíritu de Jesús se cumple la profecía de Ezequiel: "Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo..." (Ez 36,26-27). El nuevo sistema operativo nos permite ejecutar nuevos programas de vida.

Esta experiencia mística supone una transformación que afecta a todos los niveles de nuestra existencia: identidad, sentimientos, actitudes y conductas.

1. Reconocer la identidad

El don del Espíritu que habita en nosotros, que ha penetrado hasta los entresijos de nuestro "disco duro", nos permite reconocer (advertir y agradecer) nuestra verdadera identidad: "Vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os permite clamar: *Abbá*, es decir, Padre. Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios" (Rom 8,15-16).

Somos hijos de Dios. Es un indicativo de gracia, previo a cualquier imperativo ético. He aquí la expresión de nuestra identidad: "Llevado de su amor él nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos, por medio de Jesucristo" (Ef 1,4-5). Somos hijos porque, a pesar de que nuestro sistema operativo esté infectado por virus varios, hemos creído en Jesucristo, Palabra de Dios, y, por tanto, somos receptores de la promesa: "A quienes la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios" (Jn 1,12).

Nuestra identidad, pues, está ligada a la identidad de Jesús. Es iluminador hacer una lectura de su vida desde la perspectiva de su experiencia mística¹⁷. Una de sus "experiencias cumbre", por utilizar la terminología del psicólogo humanista Allport, fue, sin duda, el bautismo. Hay algunas diferencias en las narraciones de los evangelios (Mc 1,11; Lc 3,22 / Mt 3,17 y Jn 1,32-34), pero, en cualquier caso, **el denominador común es la afirmación de Jesús como Hijo de Dios. Su experiencia mística de filiación es el origen de su misión.**

Hay otros momentos de honda experiencia mística: en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4, 14-30), en la transfiguración (cf. Mc 9,2-13; Mt 17,1-13; Lc 9,28-36), en Getsemaní (cf. Mc 14,36; Mt 26,39-42; Lc 22,41-44), en la cruz (cf. Mc 15,34; Lc 23,46). **En todos ellos, Jesús experimenta la presencia de su Abbá y, en consecuencia, su condición de hijo amado.**

Cuando nuestro sistema operativo está infectado por virus que nos hacen vivir como esclavos (y, por tanto, dominados por sentimientos y actitudes de inferioridad; resentimiento, tristeza, miedo, etc.), necesitamos reconocer quiénes somos en realidad: *hijos en el Hijo*¹⁸. Este mensaje nos viene de la Palabra de Dios. **Por eso, la escucha de la Palabra se convierte en la principal práctica de nuestro itinerario.** Benedicto XVI, consciente de que "la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana" recomienda su escucha siguiendo el método de la *lectio divina* y siempre en relación con la eucaristía. A través de la Escritura, Dios pronuncia sobre nosotros la única palabra que puede recrear nuestra identidad: "Tu eres mi hijo amado". Esta es siempre la revolución pendiente. Solo los hijos -nunca los esclavos- pueden transformar el género humano en una familia de hermanos y hermanas. **Por eso, la**

¹⁷ Cf. MARTÍN VELASCO, J. (ed.). *La experiencia mística. Estudio interdisciplinar*. Madrid: Trona, 2004, p. 146-148; 162-163.

¹⁸ Cf. uno de los libros que más ha ayudado a muchas personas en estos últimos años a redescubrir su identidad como hijos e hijas de Dios: NOUWEN, H. *Tú eres mi amado. La vida espiritual en un mundo secular*. Madrid: PPC, 2003. Ha sido también muy significativa en esta misma línea otra obra del mismo autor: *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. Madrid: PPC, 2002.

experiencia mística de la filiación es revolucionaria¹⁹. La mística es profecía. Lo aprendemos de Jesús y de todos los místicos a lo largo de la historia. La mística es fuente de libertad que supera incluso el temor a la muerte. Luc, el monje médico de la película *De dioses y hombres*, cuando intuye que está próxima la posibilidad de ser asesinados, confiesa: "No temo a la muerte. Soy un hombre libre".

2. Regenerar los sentimientos

Cuando reconocemos (*conciencia*) quiénes somos (*identidad*), regeneramos también los *sentimientos* que mueven nuestra vida. Los sentimientos son una palabra insobornable de nuestra personalidad. Manifiestan quiénes somos con más hondura y autenticidad que nuestras palabras. Más aún: éstas pueden mentir y aun engañarnos a nosotros mismos; los sentimientos nunca mienten. Por eso, un modo eficaz de saber quiénes somos consiste en detenernos y averiguar lo que sentimos aquí y ahora.

El manejo de los sentimientos, que suele seguir un método de advertencia, evaluación y comunicación,²⁰ nos permite liberarnos de los vaivenes emocionales ligados a nuestros éxitos y fracasos y a las cambiantes situaciones externas. **De esta manera, guiados por la Palabra, vamos adquiriendo, por un proceso casi inconsciente de ósmosis vital, los "sentimientos del hijo"**²¹. Son llamativas las palabras con las cuales Pablo introduce el himno cristológico incluido en su carta a los filipenses: "Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús" (Flp 2,5). En el himno, Jesús aparece como el que se despoja de su grandeza divina para ser semejante a los hombres (v. 7), el que se humilla y se hace obediente hasta la muerte (v. 8); pero también como el que es exaltado, como el Señor (vv. 9-11).

Unidos a Jesús, incorporados por la fe y el bautismo a su muerte y resurrección, también nosotros podemos participar de "la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom 8,21), de las "primicias del Espíritu" (Rom 8,23); en definitiva, del amor de Dios, del que nada ni nadie podrá separarnos nunca (cf. Rom 8,38-39).

Las primicias del Espíritu se manifiestan como frutos: "amor, alegría, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí. No hay ley frente a esto" (Gal 5,22)²². Estos frutos regeneran nuestro fondo emocional y, por tanto, la manera como nos relacionamos con los demás seres humanos y con el mundo.

3. Renovar las actitudes

Entendemos por actitud la disposición voluntaria y estable de una persona frente a la existencia en general o a un aspecto de ésta en particular. O, en otras palabras, la organización estable de los procesos experienciales que vamos realizando a lo largo de nuestra vida y que influye en nuestra manera de abordar el presente. La actitud es, pues, fruto de las experiencias acumuladas.

Mediante las actitudes, creamos un modo de vida dentro del cual nos sentimos seguros. Un sistema operativo marcado por la desconfianza genera actitudes defensivas y agresivas. **Sólo la experiencia mística de la filiación produce la confianza básica que necesitamos para vivir.** De ella se deriva una autoimagen positiva acompañada por sentimientos positivos y... actitudes igualmente positivas (es decir, disposiciones que nos ayudan a afrontar constructivamente las exigencias del ambiente). Hay dos actitudes necesarias para afrontar el momento actual:

- La **mirada positiva** que, sobre la base de la confianza que genera la filiación, reconoce en toda realidad los signos de la presencia de Dios. Solo esta mirada nos permite dialogar con otras culturas, religiones, propuestas de vida, sin sentirnos atacados. La actitud positiva propone, pero no impone.

¹⁹ El Nuevo Testamento emplea diversos modelos para hablar de la "renovación de nuestro sistema operativo" (salvación, reconciliación, perdón de los pecados, liberación, novedad radical, etc.), pero quizá en el contexto actual, el de *filiación* es el que mejor puede conectar con nuestro momento cultural. Cf. SCHILLEBECKX, E. *Cristo y los cristianos*. Madrid: Cristiandad, 1983.

²⁰ ANDRÉS MARTÍN, M. *Puedo ser otro y feliz*. Madrid: Atenas, 1988.

²¹ Cf. CENCINI, A. *Los sentimientos del hijo*. Salamanca: Sígueme, 2000.

²² Cf. GONZÁLEZ VALLÉS, C. *Gustad y ved: dones y frutos del Espíritu Santo*. Santander: Sal Terrae, 1998.

- La **mirada compasiva** que tiende a fijarse en las personas que padecen algún tipo de exclusión, que no viven con la dignidad de los hijos de Dios. Esta mirada contrasta con otro tipo de miradas frecuentes en nuestra sociedad: competitiva, posesiva, etc.

4. Expandir las conductas

Las actitudes se manifiestan a través de nuestras conductas, que pueden ser defensivas o expansivas. Las conductas defensivas buscan proteger al yo herido, inseguro y miedoso. La persona sana come para alimentarse, estudia para aprender, llama a un amigo para fomentar la amistad. En cambio, la persona con una actitud negativa puede realizar esas mismas tareas, pero las hace para proteger o defender su yo herido. Los consagrados no estamos exentos de conductas defensivas como la vanidad, el criticismo, la autojustificación, la autocompasión, la irritabilidad o la sumisión.

Uno de los signos que indican la profundidad de la experiencia mística es, por el contrario, la aparición de conductas expansivas; es decir, de conductas que brotan del amor y lo traducen en las múltiples circunstancias de la vida ordinaria. La confianza básica, fruto de nuestra filiación divina, nos ayuda a ver en cada persona un hijo o una hija de Dios, a buscar el bien de los demás, a estar cerca de quien más sufre, a denunciar cualquier situación que vulnere la dignidad, a cuidar la naturaleza como nuestra casa, a desarrollar nuestra capacidad artística, a colaborar con otros, etc.

IV. "Toda mi vida te bendeciré" (Sal 62,5): Utilizar algunas aplicaciones de crecimiento místico (desarrollo y misión)

1. Los consejos evangélicos como aplicación

La experiencia de sabernos hijos e hijas de Dios y de vivir desde la confianza radical orienta nuestra vida. Toda ella se convierte entonces en *bendición*. Aprendemos a *decir-bien* de Dios, de los seres humanos y del mundo. Por la profesión religiosa radicalizamos y expresamos visiblemente la ofrenda de nuestra vida realizada en el bautismo.²³

Siguiendo la metáfora informática que nos acompaña, podríamos decir que los consejos evangélicos son *aplicaciones* que nos permiten desarrollar programas de humanización-divinización. Una aplicación es, en definitiva, un tipo de programa informático diseñado como herramienta que permite a un usuario realizar uno o diversos tipos de trabajo.

Uno de estos *trabajos* tiene un carácter terapéutico: "Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una 'terapia espiritual' para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente. La vida consagrada, especialmente en los momentos de dificultad, es una bendición para la vida humana y para la misma vida eclesial"²⁴.

Examinemos brevemente los tres programas básicos de la castidad, la pobreza y la obediencia, una especie de *Microsoft Office* dentro de la Iglesia. No se trata de presentar ahora una mini-teología de cada uno de ellos. El propósito es acentuar un aspecto que ponga de relieve el modo en el que cada consejo -y los tres en su conjunto- nos permite madurar en la experiencia mística en el contexto en que hoy estamos viviendo nuestra vida consagrada.

2. La castidad: transformar el cuerpo en eucaristía

No es fácil plantear hoy este consejo. El campo está minado. A las dificultades provenientes de una cultura hiper-erotizada, se añaden los escándalos protagonizados por algunos consagrados en los últimos años, que han resquebrajado la credibilidad de los célibes en su conjunto²⁵. Asusta rastrear los foros de

²³ CIVCSVA. Instrucción *Caminar desde Cristo*, n. 22.

²⁴ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica *Vita Consecrata*, n. 87.

²⁵ Cf. CUCI, G.-ZOLLNER, H. *Iglesia y pedofilia: una herida abierta*. Santander: Sal Terrae, 2010.

internet cuando aparece alguna noticia relacionada con esta materia. La frágil vasija de barro que somos opaca el don que hemos recibido (cf. 2Co 4,7). También en este terreno vivimos una profunda "noche" de purificación, que afecta a nuestra autoestima y al reconocimiento social. Podemos aprovecharla para dejarnos interpelar, crecer en humildad y plantear la vida celibataria con más transparencia.

Por otra parte, ¿qué más podemos decir sobre un consejo del que se ha hablado hasta la saciedad? Lo urgente es recrear la confianza perdida, sin renunciar a la "ganancia evangélica" que se deriva del desprecio social, de los tiempos de prueba. Forma parte de la espiritualidad de los "eunucos" por el reino de los cielos (cf. Mt 19,12) ser rechazados, incluso humillados: a veces, como consecuencia de las propias incoherencias; otras, como fruto de la incomprensión de un carisma extraño. En este contexto, sirven de poco las explicaciones teóricas, por lúcidas que sean, porque se trata de una experiencia imprescindible de muerte que hay que digerir.

La clave para afrontar este desafío está en la experiencia mística, la única que puede restaurar la confianza y hacer inteligible un "consejo" abiertamente contracultural. En todas las tradiciones religiosas, la experiencia mística se ha entendido como símbolo de la unificación de los contrarios. Éste es nuestro reto hoy. ¿Cómo valorar, por una parte, el significado profundo del cuerpo y de la sexualidad en su conjunto y, al mismo tiempo, trascenderlos mostrando su esencial referencia a una realidad mayor?

La experiencia mística nos introduce en un proceso eucarístico, en una gran "bendición"²⁶. El Espíritu de Dios asume nuestro cuerpo frágil, como asume el pan, y lo va transformando en cuerpo de Cristo, en alimento para los demás. Este itinerario de cristificación, en el que se conjuga la acción de la gracia con nuestro trabajo, nos permite vivir el consejo de la castidad como una *aplicación* de entrega incondicional a Dios y a los demás. Los hombres y mujeres célibes hemos sido "expropiados" para convertirnos en pan. Por la profesión religiosa adelantamos al presente lo que nos gustaría que fuera nuestra vida al final: una hostia totalmente entregada al Padre para alimento de sus hijos e hijas más vulnerables. Dar de comer a otro con la entrega de nosotros mismos significa afirmarlo en la vida ("Quiero que vivas") y en su identidad ("Tú eres hijo de Dios, hermano de todos"). **Por eso, el consejo evangélico de la castidad y el cambio social están más conectados de lo que a simple vista parece.**

Los consagrados que viven esta experiencia mística se ven sometidos a las mismas tensiones afectivas y sexuales que los demás, experimentan retrocesos, sufren crisis, necesitan ayudas, pero saben que la dirección de su vida es la correcta. Y comprueban que, poco a poco, la experiencia mística unifica sus vidas de tal forma que hasta la misma sexualidad se autotrasciende; es decir, se orienta a la unión con Dios vivido como el Amor más grande y a la promoción de los demás. La satisfacción de los propios deseos pasa a un segundo plano.

3. La pobreza: vivir por debajo de las posibilidades

También el consejo de la pobreza está sometido a un fuerte control social. Y tampoco en este campo escapamos al efecto negativo de los escándalos e incoherencias, aunque parecen abundar más los "oasis" socialmente reconocidos como tales: es decir, consagrados que se han entregado a los más pobres, viven con ellos y como ellos y son reconocidos por la sociedad.

El papa Benedicto XVI, en el reciente libro-entrevista "*Luz del mundo*"²⁷, opina que una de las razones de la actual crisis económica es que Occidente ha vivido por encima de sus posibilidades, ha buscado el lucro y la especulación más que la producción de bienes y servicios. En otras palabras, que su bienestar se ha producido, en buena medida, a costa de la explotación de otros pueblos y de la naturaleza. Quizá aquí se encuentra una clave para comprender el significado contracultural que hoy puede tener el consejo de la pobreza evangélica. **Algunos hombres y mujeres, movidos por el Espíritu, quieren vivir, clara y voluntariamente, "por debajo" de sus posibilidades.** En el fondo, ésta es la categoría usada para hablar de la encarnación de Cristo en el himno que Pablo incluye en su carta a los filipenses: "El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su

²⁶ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI. *Jesús de Nazaret. Desde La entrada en Jerusalén hasta la resurrección*. Madrid: Encuentro, 2011, 154ss.

²⁷ Cf. SEEWALD, P. *Luz del mundo. Benedicto XVI: el papa, la iglesia y los signos de los tiempos*. Barcelona: Herder, 2010.

grandeza [*aceptó vivir por debajo de sus posibilidades*], tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres" (Flp 2,6-7).

Este vaciamiento solo puede ser fruto de una plenitud mayor, la que se nos concede en la experiencia mística. Sin ella, el movimiento espontáneo es siempre el contrario: situarnos "por encima". Muchos de los problemas que hoy tenemos para vivir de manera humanizadora e inteligible este consejo evangélico provienen de un déficit místico. Cuando nuestra vida no ha sido enriquecida por el tesoro de Dios²⁸, necesitamos llenar el vacío con bienes de consumo, títulos académicos, puestos confortables y estilo de vida aburguesado. El nuevo sistema operativo de la filiación-confianza permite ejecutar *programas* que parecen obsoletos en la sociedad de consumo: confianza en la providencia (cf. Mt 6,25-34), minoridad (cf. Lc 1,47-55), solidaridad discreta (cf. Mt 6,1-4) y encuentro con el Cristo anónimo en cualquier situación de necesidad (cf. Mt 25,31-46), pero sobre todo, en la bajada de Jerusalén a Jericó (cf. Lc 10,25-37).

Hoy, los estados, muchas empresas e infinidad de familias, están haciendo recortes serios para afrontar la crisis económica que padecemos. ¿Cuáles son nuestros recortes? ¿Qué relación hay entre lo que nosotros recortamos y otros perciben? Hablar de "recortes" no significa reducir el consejo de pobreza a mera política económica. El verbo "recortar" indica en este caso un estilo de vida, una *aplicación* espiritual. Implica equilibrio personal, sobriedad, sintonía con los más afectados por la crisis ("los últimos"), denuncia de un estilo consumista, armonía con el medio ambiente y compromiso con una sociedad más equitativa, menos depredadora y ficticia.

Muchos institutos han emprendido reorganizaciones de largo alcance, que han supuesto, entre otras cosas, la supresión de casas. ¿Qué hacer con el patrimonio inmobiliario disponible? Se presenta una oportunidad histórica para no proceder según la pura lógica de mercado, sino para hacer revertir, al menos parcialmente, una cuota de las ganancias en los más afectados por la crisis que padecemos, en la promoción de proyectos sociales que ayuden a crear modelos de economía solidaria. Se trataría de una especie de "desamortización" voluntaria que se anticiparía a la impuesta por las leyes o la presión social. Naturalmente, el consejo de la pobreza va más allá de esta difícil coyuntura económica, pero si no se expresa en concreciones históricas, acaba siendo insignificante y vacía de contenido el camino espiritual.

Tener muchos hijos nos hace más pobres porque debemos emplear recursos en su formación y no en nuestro bienestar. En momentos de escasez vocacional, ¿cómo seguir siendo padres y madres de adopción, de manera que podamos compartir nuestros bienes con las personas que los necesitan más que nosotros? Es un modo concreto de mantenernos siempre "ligeros de equipaje" y de dar una proyección solidaria a los recursos que generamos con nuestros trabajos, pensiones, donaciones, ahorros e inversiones.

4. La obediencia: estar disponibles para la misión compartida

La última instrucción de la CIVCSVA trata precisamente sobre la autoridad y la obediencia. Sitúa este consejo evangélico en el contexto de la búsqueda coral de la voluntad de Dios. Como los consejos anteriores, también éste presenta muchos frentes. Acentuamos uno que guarda estrecha relación con la filiación-confianza. **Quien vive su existencia consagrada desde el sistema operativo de la filiación-confianza identifica su proyecto personal con la realización de la voluntad del Padre.** Éste fue el proyecto histórico de Jesús: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación" (Jn 4,34).

Una de las expresiones más inteligibles del consejo de la obediencia es la disponibilidad para ser enviados. La profesión religiosa supone la renuncia a un proyecto autónomo de vida, por legítimo que sea, para ponernos enteramente a disposición de un proyecto común, que es del propio instituto, pero también el de la Iglesia; en definitiva, el del Reino. Cuando esta disponibilidad se ve infectada por algunos virus contemporáneos (como el derecho a hacer *mi* carrera, a permanecer en *mi* región, a hablar solo *mi* lengua materna, a dedicarme a una determinada tarea que *me* gusta), entonces la obediencia deja de ser una oportunidad misionera y se convierte en una carga insoportable.

²⁸ "Yo digo al Señor: Tú eres mi dueño, mi único bien; nada hay comprable a ti" (Sal 16,2). Cf. APARICIO, Á. *Tú eres mi bien. Análisis exegético y teológico del salmo 116*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1994.

El horizonte es siempre la misión. Por eso, es difícil ser obediente sin pasión misionera. No se trata sólo de rendir la propia voluntad a Dios -como parecen subrayar algunas reglas monásticas -, sino de hacerlo "para llevar a cabo su obra de salvación". Sólo es posible llevar a cabo esta obra cuando "obedecemos-escuchamos", cuando entramos en una dinámica de misión compartida, que no es la mera prolongación de nuestros intereses, sino el resultado de un discernimiento colectivo. La colaboración con los pastores y los laicos, los proyectos intercongregacionales, la participación en tareas ecuménicas e interreligiosas son expresiones de una obediencia que trasciende los límites domésticos. No se trata tanto de discutir sobre los modelos de liderazgo dentro de las comunidades o institutos como de **crecer en una mística de la misión compartida, de "escuchar" lo que el Espíritu está diciendo a través de los procesos históricos**, de nuestras crisis, de la escasez de vocaciones, etc.

Así entendida, la obediencia es una *aplicación* que dilata nuestra vida personal, expresa la confianza básica sobre la que se asienta nuestra vida, empuja a otros a no atarse a sus pequeños proyectos individuales. Y, por otra parte, **sólo una obediencia entendida como disponibilidad nos permite aprovechar las reorganizaciones que estamos llevando a cabo en los últimos años para plantearnos respuestas más creativas a los desafíos de la evangelización.**

Conclusión

Una de las escenas más estremecedoras de la película *De dioses y hombres* tiene lugar en el sencillo refectorio del monasterio, cuando los monjes brindan con vino mientras escuchan *El lago de los cisnes*, de Tchaikovski. La cámara recorre los rostros de los monjes, uno a uno, tratando de descifrar el gozo y la tristeza. Todos son conscientes de que puede ser la última ocasión de estar juntos. El vino representa una existencia eucarística. Celebran la entrega que se ha ido produciendo día a día y anticipan simbólicamente la entrega definitiva que será la muerte.

La escena en su conjunto puede ser calificada de mística. A partir de una experiencia humana (beber vino), se transparenta una vida que va más allá y que pasa a través de la sangre derramada. Xavier Beauvois ha sabido describir esta tensión sin forzar un discurso teológico, dejando que las realidades humanas (los rostros, el vino, la música) se convirtieran en símbolo de gracia.

Éste es nuestro reto como personas consagradas: **vivir las realidades humanas básicas** (el amor, la libertad, la disponibilidad, la alegría, la entrega, el trabajo) **de tal manera que, sin retórica, remitan a la fuente de la que manan: la experiencia de sentirnos aceptados y amados por Dios "cuando aún éramos pecadores"** (Rom 5,8).